

...aunque se trata de un tema de actualidad, el autor no se limita a describir el fenómeno, sino que intenta explicar sus causas y consecuencias. En este sentido, el libro es una obra de gran interés para los que se dedican a la investigación en esta materia. El autor utiliza un lenguaje claro y preciso, lo que facilita la comprensión de los conceptos expuestos. Además, el libro está bien estructurado y contiene una gran cantidad de datos y referencias que respaldan sus afirmaciones. En definitiva, se trata de una obra que merece ser leída por todos aquellos que se interesen por el tema que trata.

...el autor no se limita a describir el fenómeno, sino que intenta explicar sus causas y consecuencias. En este sentido, el libro es una obra de gran interés para los que se dedican a la investigación en esta materia. El autor utiliza un lenguaje claro y preciso, lo que facilita la comprensión de los conceptos expuestos. Además, el libro está bien estructurado y contiene una gran cantidad de datos y referencias que respaldan sus afirmaciones. En definitiva, se trata de una obra que merece ser leída por todos aquellos que se interesen por el tema que trata.



# DIÁLOGO

# ...con las Revistas

## Supplement de LA VIE SPIRITUELLE

n.º 36, A. Plé, La vertu de chasteté

A. Plé ha publicado un estudio hondo sobre la virtud de la castidad. Lo deja caer dentro de la parcela de ciertos ambientes de especialidad psiquiátrica, que todavía diagnostican algunas enfermedades nerviosas como efectos de la moral sexual de la Iglesia Católica. Por eso ha hecho un hondo estudio. Con la hondura de Santo Tomás de Aquino, que llega en la Suma al fondo de lo que católicamente es la virtud de la castidad. Ese es el camino; para esto y para tantas cosas: un camino de verdad.

Así la acusación psiquiatra no será una acusación para la auténtica moral católica, sino para corruptelas introducidas de buena fe tal vez; pero siempre con una ignorancia profunda. A veces por educadores católicos; a veces por padres católicos.

Para A. Plé, que ha extraído ágilmente de la Suma toda la verdad de Santo Tomás sobre el tema, la castidad, auténticamente enseñada, en un marco verdaderamente católico, no puede limitarse sólo a una técnica del pudor, a un sentido del honor y a una voluntad de continencia. Estos son aspectos — algunos los llaman etapas— de la virtud de la castidad.

Virtud de castidad es algo que permitirá a las pasiones humanas dominadas, participar en un amor espiritual. Una moral sexual católica, es integración y madurez de la persona, camino necesario para una verdadera normalidad psíquica también, no sólo para una moralidad ética.

Para nosotros, la semilla de integración y madurez personal está en la gracia que recibimos en el bautismo. Porque la gracia es nuestro principio de unidad, capaz de armonizar nuestras cosas.

La fe sembrada en el bautismo le servirá al cristiano para creer que su cuerpo y el cuerpo de sus hermanos son templo de Cristo; esto sólo justificaría la virginidad y el uso cristiano del matrimonio. La *esperanza* da su sentido pleno a la virginidad. Una esperanza de nuestros cuerpos transformados como el cuerpo glorioso de Cristo. La *caridad* señala al matrimonio cristiano, sacramento, —mysterium,— de la unión indisoluble de Cristo y de la Iglesia, («amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia» (Eph 5<sup>25</sup>), un amor sobrenatural que es un lazo de unión más fuerte que todos los lazos de la tierra. Ya no será lo más importante de todo la unión corporal, sino esa otra unión que imita el amor que Cristo tiene a su Iglesia, y que da un sentido cristiano a la misma unión corporal. El amor de Dios lleva, pues, hasta la perfección, no sólo la castidad virginal, sino también la castidad matrimonial.

Son las virtudes teologales, que la gracia bautismal nos da, las que vivifican y perfeccionan la castidad.

Cuando la castidad no es un amor así, ni es una fe, ni una esperanza, no es una auténtica virtud cristiana. Con ellas, se integran perfectamente la carne y el espíritu.

Los educadores católicos no pueden dejar a sus educandos en medio del camino cuando ya han conquistado el pudor y la continencia. Deben hacer dar a los hombres ese paso hacia la virtud auténtica y positiva, después del necesario dominio de las pasiones. Es el paso hacia la autenticidad de la virtud, que no puede ser perfecta sin la gran caridad de Dios y del prójimo.

*Andrés M.<sup>a</sup> Sevilla S. I.*

## PPC. PAX

Lo hemos soñado tantas veces. Cristo de nuevo entre nosotros; porque nos hace falta Cristo hoy. Hace pocos meses, un sencillo folleto de PPC, «*Si Cristo volviera*», nos ha llevado tras Jesús por nuestras calles. Lo hemos seguido sorteando taxis y trolebuses, y Él se ha detenido en la ventanilla de la oficina gris, en el aula de primero de Derecho, en la cocina calurosa del pisito estrecho y codiciado, en la oscura barraca del trabajador.

Para todos la palabra oportuna, que ilumina una vida muchas veces estéril, casi siempre prosaica. Y el obrero comprendió un poco aquello de: «Felices los pobres...», la madre se inclinó con más cariño sobre la cuna de su sexto pequeño... y Charo y Roberto quedaron soñando en una unión más blanca y más ardiente...

Echamos de menos esto, Cristo en nuestros problemas de hoy, en nuestros hogares, en nuestras diversiones, en nuestras calles. La palabra de Cristo, la misma que se reflejó en el lago palestino, posándose sobre el mar revuelto de nuestro siglo XX.

¿Lo hemos encontrado en ese esfuerzo estupeundo y elegante de un sector de nuestra Prensa Católica? Esto al menos es lo que viene buscando PAX. PAX, —ese fruto de un sacrificio común de tres revistas, al estilo (también aquí Cristo) del grano de mostaza—. Por octubre del año pasado, cuando todo eran esperanzas, nos lo anunciaba: «¿Qué va a ser PAX?... Nuestro objetivo primordial: formar cristianamente a los lectores... Que nadie se llame a engaño... PAX será, todo lo más que pueda, una revista descaradamente religiosa...»

Estas palabras hoy son consoladora realidad. Desde enero la venimos siguiendo, primero con sorpresa esperanzada, más tarde con expectación ansiosa, hoy con adhesión entusiasta e incondicional.

Cristo pasa a través de sus páginas y nos dice lo que piensa del problema del campo en nuestra España, de ese veraneo tan difícil para el que vive de un salario siempre insuficiente, de una nación que nace, —Marruecos,— de la última película, del último libro... Son nuestras cosas, son ecos conocidos, son figuras y palabras familiares; las habíamos visto en la pantalla, en el estadio abarrotado, en las líneas grises de nuestros periódicos... Pero en PAX es Cristo el que nos dice su opinión. Él, que un día habló de la siega y del César. Y hoy, nos interesa lo que piensa Cristo de nuestra circunstancia.

PAX nos ha traído a Cristo y nos lo ha traído sencillo y amable, como fue Jesús. Sin parrafadas anacrónicas ni frases huecas; con la sonrisa de su técnica periodística esmerada y al día, y sobre todo con esa comprensión llena de simpatía, —yo la llamaría caridad,— hacia nuestras flaquezas y nuestras posturas más o menos grotescas. Un humanismo cristiano para todos los hombres de buena voluntad, para los que han perdido el camino, —por no conocer el amor—; y hasta para el «despistado integral» que pidió las obras de Voltaire en la caseta de PPC. de la Feria del Libro. Sólo ante el escándalo público levanta PAX su voz y empuña el látigo, —también como Cristo,— y pronuncia la palabra valiente: «Denunciamos».

Veo a Cristo entre nosotros, al pasar con honda simpatía las páginas de PAX. Veo con sincero afecto al pie de los artículos los nombres, ya familiares, de su director, redactores, colaboradores: Pz. Lozano, Martialay, Cobos... Mucho tenemos que agradecerles y mucho esperamos.

*Ramón Arrizabalaga S. I.*

## ÍNDICE

### Cuestiones científicas en la Moral

n.º 92, Rafael Pérez Delgado

Los adelantos científicos del mundo actual en todos los sectores de la ciencia han originado múltiples situaciones que hace cincuenta años no se podían imaginar. Esto es una cosa evidente y nadie la discute.

Rafael Pérez Delgado en la sección de la Revista «Al otro lado de la frontera» se hace eco de los problemas que la investigación médica ha planteado a la Moral y afirma que «vivimos, evidentemente, sujetos a una moral «reducida», en revisión, que deja fuera de sus máquinas situaciones múltiples, experimentables por cualquier persona durante su vida».

Con sincero deseo de la verdad y del bien buscamos hoy día la moralidad, bondad o malicia, de estas nuevas situaciones. En ocasiones la luz es tan clara que la unanimidad es meridiana, pero otras veces, en cambio, enfocamos los problemas, proyectamos el haz de luz, desde diversos puntos de vista o acentuamos más unas tonalidades que otras, y llegamos a conclusiones no concordes entre sí. Esta falta de armonía tan frecuente en lo accidental y secundario, y tan comprensible al tratarse de cuestiones delicadas y difíciles de la Moral, atormenta los espíritus sedientos de verdad y les hace anhelar la declaración positiva que determine y explique lo que ya está contenido y perfectamente definido en la norma de moralidad cristiana

Por eso, comprendemos que se haya podido escribir — con una frase fácil de interpretar en sentido no ortodoxo, si las ideas rectas no iluminan nuestra alma con nitidez—, que vivimos sujetos a una moral reducida, en revisión.

Nunca podemos olvidar que la ciencia Moral se rige por una NORMA universal y perenne, inmutable —la naturaleza humana considerada en todas sus relaciones con los demás seres— y que los hechos, las acciones todas beberán su moralidad de la misma fuente, serán buenas o malas según se conformen o no con esa regla universal.

No es exacto que nuestra época revolucionaria con la multiplicidad de sus situaciones desborde la norma moral. Esta ciencia no puede compararse, como lo hace Pérez Delgado, a los códigos de justicia. Quizá pueda existir una acción delictiva que, por no encontrarse determinada en las leyes, no pueda ser castigada. Pero nunca una acción humana y voluntaria estará desprovista de moralidad, porque en su eterna universalidad el código moral que es la naturaleza humana siempre nos dirá lo que es bueno y lo que es malo. A veces será difícil oír esta voz; entonces, cuando esto suceda, esperaremos, como decíamos antes, que el Magisterio de la Iglesia con su palabra autorizada nos enseñe a discernir el bien del mal.

Sólo en este sentido podríamos decir que los adelantos modernos del siglo veinte han desbordado no la moral tradicional, sino el pobre entendimiento humano que necesita la ayuda de Dios para juzgar la moralidad de ciertas acciones.

Pío XII ha hablado en diversas ocasiones orientando a los hombres en su vida moral. Políticos y abogados, deportistas y médicos han escuchado su voz. El año 1952 dirigiéndose al Congreso de histólogos del sistema nervioso afirmó que la experimentación médica en el cuerpo humano con peligro de la salud o de la vida nunca —a no ser que se trate de un caso desesperado— es lícita, aunque el enfermo lo consienta.

El médico no puede tener otros derechos sobre el cuerpo del paciente que los que éste explícita o implícitamente le conceda. Pero el paciente en ninguna circunstancia podrá disponer de sí a su gusto. No puede comprometer su integridad física, su vida, en experiencias médicas que llevan consigo grave peligro para la salud. Sencillamente no lo puede hacer porque no podemos ceder un derecho que no tenemos. Dios es el Señor absoluto de la vida y nosotros meros administradores que no podemos nunca disponer de la propia existencia.

Sólo al poder público le ha concedido Dios que prive del bien de la vida a aquellos miembros de la sociedad que por sus crímenes se han hecho indignos de convivir entre los hombres.

Si en esta circunstancia —condenado a muerte— se les pidiese su consentimiento para vg. dejarse injertar células cancerosas en su cuerpo o para otra experiencia médica, no dispondrían de su propia vida o muerte, sino más bien escogerían entre diversas clases de muerte. Nunca quedaría legitimado el suicidio, el derecho a disponer de su propia vida.

Con todo, la licitud de esta experiencia exige según los moralistas otra condición: que la experimentación médica no sitúe al condenado en circunstancias tales que peligre la salvación de su alma (1).

Por último, recordemos que también en estos años ha surgido con ocasión de los trasplantes de miembros y órganos humanos otro problema moral. ¿Se puede permitir la mutilación que lleva consigo la operación quirúrgica del trasplante? Tengamos presente que se trata de la cesión entre personas vivas. Los teólogos han expresado sus opiniones. Unos se han declarado abiertamente por la ilicitud de tales operaciones, mientras otros o han discutido esa intrínseca inmoralidad o han visto en la caridad —al no ser la acción intrínsecamente inmoral— una circunstancia capaz de suspender la ilicitud en casos determinados. La Santa Sede, sin embargo, todavía no ha dado explícitamente ninguna norma sobre la moralidad de las mutilaciones que siempre suponen dichos trasplantes.

*Manuel Abella S. I.*

## INCUNABLE

n.º 87. Editorial. La Compañía.

Un corto, pero sustancial, editorial de Incunable nos sugiere un chorro de sencillas reflexiones. Vamos a dejarlas correr en estas líneas con la elemental sencillez de un diálogo entre hermanos que bien se entienden. Además, es de justicia incluir a esta Revista en nuestro coloquio externo, ya que con cada uno de sus números suscita un verdadero diálogo interior.

Hay en el editorial sobre San Ignacio ideas que no nos gustan y que aceptamos en plenitud de identificación, por ser las que desde hace mucho tiempo presentíamos como verdaderas. Acierta plenamente Ignacio M.<sup>a</sup> Sauny cuando en «*Juventud*» (n.º 665. 9 al 16 de agosto de 1956), declara su justo temor de que no toda la «buena prensa» que San Ignacio ha tenido en su IV Centenario sea verdaderamente eficaz. Es difícil, —por mejor voluntad que se tenga,— no caer en el tópico cuando se exalta una figura o un hecho cuyo Centenario se celebra. De este peligro se ha librado totalmente el editorial que aquí comentamos. Con acertada sencillez ha enfocado a San Ignacio y a su obra desde un punto de vista que creemos el único posible para no desvirtuar ni desenfocar su figura por carta de más o de menos.

Estamos ya un poco aburridos de esa literatura panegirista que en tono hueco y altisonante se esfuerza por declararnos, con minuciosidad casi obsesiva, el conjunto de cualidades humanas que poseía San Ignacio y que supo transfundir en su obra: la Compañía. No es que lo creamos del todo inexacto; su fondo es real. Nadie lo duda. Lo que creemos se desvirtúa es la colocación de la grandeza humana de San Ignacio, como valor supremo en la tabla definitiva de los valores. Es un error colocar la grandeza del instrumento sobre la divina pericia del artífice que supo manejarlo.

(1) No faltan moralistas que exijan además la promesa al condenado, si supera la prueba, de la vida.

Creemos sencillamente más real, más nuestro al Ignacio siervo total en las manos de Dios, que al calculador estratega de geniales empresas, aunque éstas vayan refrendadas por el A. M. D. G. más sincero. Estamos más cerca del San Ignacio instrumento dócil de la Gracia, que, por ejemplo, de ese Loyola «siempre general» y autor de esos Ejercicios que son «el más perfecto código de disciplina». Así nos presentaba a San Ignacio el doble número de la revista «Life» dedicado al Cristianismo, donde aparece el Santo en parangón con Lutero «reformador genial pero iracundo». Ciertamente ese San Ignacio nos resulta bien extraño.

Creemos que se ha destacado poco el Ignacio siervo de Dios y servidor humilde de su Iglesia. Por eso nos agradó la escueta sencillez de «Incunable» al subrayar este aspecto en el que estriba su verdadera santidad, que es su verdadera grandeza.

Él, que llamó «mínima» a su Compañía, debe de estar contento al ver que, de vez en cuando, se acierta en señalar lo que él quiso fuese la esencial característica de su orden: el humilde servicio de la Iglesia de Cristo. Ni dejaría de ser un fruto estimable de este IV Centenario, el que se acabase de una vez con esa epitetación altisonante que suele acompañar a la Compañía.

Hacemos nuestras las últimas palabras del editorial cuando afirma que todo el empeño de la Compañía de hoy — «con sus deficiencias y sus cosas discutibles», — está puesto en el permanente deseo de ser útil a la Iglesia. Es éste un gesto esencialmente ignaciano, bebido en las más auténticas fuentes del Evangelio: el de los siervos inútiles que sólo pueden ostentar como título de gloria la voluntad buena de sincero servicio.

José M.<sup>a</sup> Díaz Moreno S. I.

## CHRISTUS

n.º 9. Blaise Arminjon, S. I.

La mortification dans notre vie chrétienne.

Con indudable acierto se ha hecho esta encuesta sobre la mortificación en la vida cristiana actual. El tema es de por sí sugestivo. Las coordenadas históricas entre las que se concreta su realización, lo hacen aún más interesante. A la vida cristiana actual se le viene acusando de muchos fallos — algunos de ellos sustantivos, — pero quizás nada sea tan frecuente como la acusación de caracterizarse su perfil espiritual por nuevas corrientes ascéticas que intentan suprimir el esencial sentido de esa mortificación que la profesión de fe en Cristo lleva consigo. Se ha dicho que la generalidad de los cristianos de hoy pertenece a un tipo de cristianismo burgués, que en este caso es sinónimo de cristianismo cómodo. Pero — y aquí creo que está el mérito principal de esta encuesta que «Christus» nos ofrece, — es necesario para no ser tachados de apasionados o injustos, plantearse el problema en toda su amplitud y en todas sus hondas implicaciones.

La ausencia de la mortificación como elemento insustituible de la vida cristiana de hoy ¿es un hecho fortuito, producto de la indolencia de los cristianos? ¿Tiene raíces más hondas? ¿Es que ya no se cree en la eficacia santificadora de la abnegación propia? Son preguntas que plantean una problemática de horizontes extensos y complejos.

Así lo ha hecho Arminjon al realizar su encuesta, cuyo cuerpo central está constituido por estos cuatro apartados:

- 1) Condiciones desfavorables para la mortificación.
- 2) Críticas dirigidas contra la mortificación.
- 3) La mortificación como sumisión a los acontecimientos y como ayuda fraterna.
- 4) Mortificación de adhesión y de liberación.

En cada uno de estos apartados se van recogiendo las respuestas de muchachos de la JOC, directores de seminarios, madres de familia, etc., etc., que van - con claridad, sinceridad y precisión,— desarrollando sus puntos de vista.

Ante la imposibilidad de dar expresión en estas breves líneas a todas las sugerencias que las diversas respuestas han despertado en nosotros, nos limitaremos a destacar lo que creemos más significativo.

Es curiosa la total coincidencia de casi todas las respuestas en señalar a nuestro mundo actual como *dominado* por un ambiente poco propicio para la práctica de la mortificación. La apreciación de los que creen que la mortificación hoy ya no tiene la vigencia que los maestros de la vida espiritual le señalaban hasta ahora, porque en nuestro mundo martirizado por guerras sangrientas o frías ya se sufre bastante, la creemos más real que la de aquellos que echan la culpa de la falta de amor a la mortificación en nosotros los cristianos de hoy a que estamos contagiados, inmersos en una «civilización afrodisíaca» según la célebre definición bergsoniana. San Juan hace veinte siglos definió al mundo como esencialmente constituido por las tres concupiscencias que en definitiva no son más que tres gritos de placer en rebelión contra la abnegación que Cristo exige. Nuestro mundo no hace sino continuar en la misma línea.

Sin embargo, no estará de más notar aquí —como lo ha hecho el Papa en multitud de ocasiones,— que quizás nos hallemos hoy situados en una de las cumbres que la línea del hedonismo, como norma de vida, ha ido señalando en su caprichosa curvatura a lo largo de la historia humana.

Con todo creemos más sutil y peligrosa la razón del mayor sufrimiento actual como una mortificación impuesta y que consiguientemente ha desplazado a la voluntaria. Pero las consecuencias que se intentan sacar de la verdad patente del mayor sufrimiento de la humanidad actual, son ilógicas. Porque para que ese sufrimiento impuesto por las circunstancias actuales sea verdadera mortificación cristiana, tendrá que estar transcendido por un genuino espíritu de humildad y por una cristiana conformidad con la voluntad de Dios. Y no es ningún atrevimiento irracional el afirmar que no es ésa la característica dominante en la actitud de los hombres de hoy frente a los acontecimientos dolorosos que impone la vida.

Pero además la abnegación cristiana —a nuestro entender,— tiene dos vertientes claramente definidas: una la que viene condicionada y exigida por la aceptación del sufrimiento impuesto por la vida y que Dios en su Providencia permite, otra la que Cristo dejó a la generosidad de los cristianos que pusiesen su ideal en vivir con más eficacia el «niéguese a sí mismo» evangélico. Y este aspecto voluntario de generosa superación no puede ser olvidado ni postergado, al menos que queramos admitir que en nuestra civilización ya no tiene Cristo seguidores de primera línea. Y ésto sería injusto afirmarlo.

La mortificación voluntaria —dígase lo que se quiera,— siempre será un elemento insustituible en la santificación verdadera y en el apostolado eficaz. Un seglar, el Dr. Roberto Spaemann de Münster, ha señalado recientemente en el *Katholikentag* de Colonia esta misma incompreensión del Evangelio: «Estamos sujetos a la tentación de considerar los métodos de este mundo para combatir a los enemigos de Dios como más eficaces que la oración y el ayuno señalados por el Señor como medios para la expulsión de los demonios». (*Orientierung*. 15, IX, 56, p. 191).

Es indudable que la mortificación voluntaria será siempre un sello infalsificable de la verdad de nuestra adhesión a Cristo. La Pasión no es un capricho de Dios sin objeto alguno, ni mucho menos una fábula. Es una norma de vida insoslayable para todo aquel que quiera seguir de cerca al Señor.

Es verdad, — como lo hace notar una respuesta,— que la mortificación voluntaria es una «sin-razón» si no se ha despertado una fe personal en el alma. Más bien debe ser siempre una consecuencia natural de la fe viva en el misterio de Cristo. Pongamos nuestro empeño

en cultivar una auténtica fe, esperanza y caridad. Si esa trilogía esencial de la vida cristiana crece en el alma, se producirá espontáneamente su fruto: la abnegación como distinción en el servicio de Cristo. Si así no fuere, habría que dudar si nuestras ansias de autenticidad cristiana no son un tópicos más.

*José M.<sup>a</sup> Díaz Moreno S. I.*

## ETUDES

**Oct. 1956. Le congrès des églises protestantes d'Allemagne. Joseph Blank et Michel Rondet.**

Del Congreso anual de las Iglesias Protestantes Alemanas celebrado del 7 al 12 de Agosto en Francfort con enorme concurrencia (500.000 personas en los actos de clausura, de ellas unas 25.000 procedentes de la Alemania Oriental), destacamos únicamente, por su significación teológica, el llamamiento a la confesión individual contenido en la moción final de la comisión «Iglesia y Comunidad parroquial». Más de 5.000 personas tomaron parte durante tres días en las sesiones de esta comisión para terminar decidiendo como conclusión de sus trabajos: «Los protestantes deben confesarse. Tenemos necesidad de la confesión. A primera vista esta afirmación extrañará a muchos de entre nosotros y, sin embargo, es verdadera. ¿Acepta vuestro Pastor oír vuestras confesiones? Entonces, confesaos. Os lo decimos en nombre de Cristo».

El efecto de este llamamiento no se ha hecho esperar. Ya durante los mismos días del Congreso los Pastores que aceptaban oír las confesiones de los fieles resultaban insuficientes. Este acercamiento a la confesión individual que se viene preparando hace ya algún tiempo (véase PROYECCIÓN, Abril 1955, p. 37), coloca a los protestantes frente a un problema teológico. Ellos mismos han declarado que no buscan en la confesión una liberación del complejo de culpabilidad, sino la realidad del perdón de los pecados. No un analgésico, sino una auténtica cura. Pero, ¿se puede evitar la confusión entre confesión y liberación psicológica del complejo de culpabilidad, sin admitir de antemano el carácter sacramental de la penitencia? Creemos que no. El reconocimiento de la culpa, la voluntad de reconciliarse con Dios y con la Iglesia, y aun la misma humilde confesión de los pecados, son preparación necesaria, pero lo definitivo es el perdón de Cristo, y éste no lo puede dar la palabra y el gesto del sacerdote si esa palabra y ese gesto no son palabra y gesto de Cristo mismo, es decir si la penitencia no es un sacramento de Cristo.

Los teólogos protestantes aún se resisten a admitir que la penitencia sea un sacramento, pero esperamos que este movimiento del pueblo religioso protestante, que se adelanta a las decisiones de los teólogos, obligue a éstos a revisar su posición en torno a la sacramentalidad de la Penitencia.

*Andrés Hernández S. I.*

## RIVISTA DI ASCETICA E MISTICA

Fasc. II. P. Francesco Scalvini, O. P.  
L'Ascetica dello studioso.

Desde Fiésole —con remembranzas de Fra Angélico— nos llega un mensaje bien práctico para todos aquellos que prestan a los demás el difícil servicio de la inteligencia.

Unas palabras, de exacta actualidad, escondidas en un comentario de Santo Tomás a la 1.<sup>a</sup> Epístola a los Corintios, ha dado ocasión al P. Francesco Scalvini, O. P. para trazarnos en pocas, pero sugestivas líneas, un boceto de lo que debería ser una ascética del intelectual católico.



Dejemos bien en claro que el servicio de la inteligencia tiene mucho de abnegado. Santo Tomás nos expone una larga lista de virtudes necesarias o convenientes para la adquisición del saber y su recto uso. No es ciertamente una sutil disquisición escolástica sin contacto alguno con la realidad cotidiana y palpitante. Se ha dicho que el hombre es eterno y su incardinación en lo temporal deja intacta su esencia íntima. Sólo es mudable lo accidental. Por eso las palabras de Santo Tomás sobre las que Scalvini monta el armazón de sus lógicas reflexiones, tienen un sello de actualidad viviente. Escojamos, de entre las nueve virtudes que Santo Tomás señala, un binomio insustituible en todo planteamiento del problema intelectual-católico (1). Nos referimos a la humildad y a la sinceridad.

La humildad es una virtud difícil. No hace falta probarlo. Se equivocan los que han dado en calificarla como virtud pasiva, en absurda catalogación de las virtudes según una valoración muy poco cristiana. Pocas actitudes hay en la vida que encierren en sí una dinámica más efectiva que la humildad-verdad, no la humildad-mentira que no es otra cosa que un malaventurado engaño piadoso.

Pero si en todos es difícil perfilar las aristas de esta virtud, básica en el cristiano, lo es más en el intelectual, y no sólo por aquello paulino de «la ciencia hincha», sino porque por una serie, difícil de precisar pero tentadora de análisis, de coordenadas sociales, situamos al intelectual —de oficio— como a un ser superior a los demás. Con demasiada frecuencia se echa en olvido que el intelectual no es más que un servidor de los demás y que su servicio tiene por objeto nada menos que servir la verdad sin deformaciones ni tapujos. Dios quiso que los intelectuales sean luz de los demás, y la luz siempre es una grave responsabilidad en aquel que empuña la antorcha entre sus manos de barro. Nada más útil para que la luz sea inextinguible, que la posición humilde del que teme no iluminar la senda verdadera o iluminar la falsa.

Como contrapuesto a esta virtud-base está el orgullo intelectual del que intenta arrancar la esencial relación de criatura que le religa a Dios. Cuando alguien se ha fabricado para sí mismo el pomposo título de sabio, ha creído ver realizada la falsa promesa aquella del paraíso: «seréis como Dios». Tremenda responsabilidad de los que debieran ser luz y son tinieblas, porque les cegó el orgullo, la soberbia y la mentira. Creemos más cristiana —aunque pobremente cristiana— el alma «en borrador» de Antonio Machado que la de aquel que se cree indispensable y dueño absoluto y último de todos los misterios. Claro está que posición tan extrema no es *la más frecuente*. Pero sí ronda aún a muchos la abstracción absurda del intelectual laico que el comienzo de nuestro siglo puso de moda.

Por eso viene aquí bien recordar esa connatural modestia en el aprecio de su saber que —en plenitud de sinceridad— tenían los verdaderos sabios —sabios con ambas sabidurías unidas en fraterno fructificante abrazo—. Cuando Suárez estaba dispuesto a dar toda su ciencia por el valor de un Avemaría o cuando aquel sabio francés aseguró que, porque había

---

(1) He aquí todo el párrafo de Santo Tomás en su bello y profundo comentario a la 1.ª Carta a los Corintios, c. 8, lec. 1.ª:

«Aquí hay que notar las nueve cosas necesarias para que alguno tenga la ciencia con todos sus necesarios requisitos:

- Primero, humildemente sin orgullo.
- Segundo, sobriamente sin presunción.
- Tercero, con certeza sin dudas.
- Cuarto, con verdad sin error.
- Quinto, con sencillez sin decepción.
- Sexto, con mérito saludable por medio de la caridad y del amor.
- Séptimo, con utilidad para edificación del prójimo.
- Octavo, comunicando gratuitamente la propia ciencia.
- Noveno, con eficacia para las buenas obras.

La humildad de la ciencia condena a los intelectuales soberbios, la sobriedad condena a los presuntuosos, la certeza a los continuamente problemáticos, la verdad a los herejes, la sencillez a los decepcionados, el mérito a los adivinos, la utilidad a los malos, la liberalidad a los avaros, la eficacia a los perezosos».

estudiado mucho, tenía la fe de un bretón y que, si hubiera estudiado más, tendría la fe de una bretona.

Toda auténtica espiritualidad intelectual ha de ir basada en esa profunda, sencilla humildad. Porque hemos de ser más humildes cuanto más nos acerquemos al misterio y ha de haber en toda nuestra búsqueda de la verdad — sea cual fuere la parcela que se nos haya designado — un sentido reverencial de nuestra insuficiencia y de la grandeza de la verdad total y suprema.

La soberbia intelectual — muerte de la verdadera sabiduría, — es distinta, como con expresión justa y delicada lo hace notar Scalvini, de ese «spiritello di vanagloriuzza» en la que todo autor envuelve a su obra. Ese es cariño de padre y el matiz de legítimo orgullo en un padre es siempre excusable.

Sólo dos líneas para hacer resaltar la otra virtud integrante necesaria en toda ascética intelectual: la sinceridad. Si la humildad es costosa, no lo es menos esta virtud como postura integral y constante. No hacer pacto con intereses creados, vengan de donde vinieren, es muchas veces heroico en los que por oficio tienen el deber de servir la verdad sin paliativos. Una sinceridad que sin extremismos se mantenga siempre en precisa conformidad con la línea que uno se ha trazado de conducta. Esta difícil sinceridad a la que al final va siempre vinculado el triunfo definitivo, no puede mantenerse sino sobre principios hechos vida en el alma del intelectual. Sólo sobre una humildad vivificante, podrá sostenerse su firme sinceridad.

No estará de más notar aquí — como lo hace Scalvini en su artículo, — que esta segunda virtud tiene su aplicación más completa en la labor delicadísima de los críticos: caridad, justicia y verdad, sería un bello y exacto lema que debiera presidir siempre iluminante la labor orientadora de la crítica.

Y ponemos punto final a estas reflexiones dialogales sobre lo que podría ser el comienzo de un guión para un cursillo de ascética intelectual. Queda abierto el diálogo a nuevas aportaciones.

*José M.ª Díaz Moreno S. J.*

